

CREAR LIBERTAD

**EL PODER, EL CONTROL
Y LA LUCHA
POR NUESTRO FUTURO**

RAOUL MARTINEZ

CREAR LIBERTAD

RAOUL MARTINEZ

CREAR LIBERTAD

El poder, el control y la lucha por nuestro futuro

Título original: *Creating Freedom*, de Raoul Martinez
Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

Traducción de Antonio Francisco Rodríguez Esteban

1ª edición, octubre de 2016

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Raoul Martinez, 2016
© Canongate Books Ltd, 2016
© de la traducción, Antonio Francisco Rodríguez Esteban, 2016
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U.,
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3250-0
Fotocomposición: Anglofort, S. A.
Depósito legal: B. 17.855-2016
Impresión y encuadernación en Black Print C. P. I.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Para mamá, papá, Chess y Kev

Sumario

Prefacio	11
----------------	----

PRIMERA PARTE La lotería del nacimiento

1. Suerte	17
2. Castigo	45
3. Recompensa	73

SEGUNDA PARTE La ilusión del consenso

4. Control	101
5. Elecciones	127
6. Mercados	161
7. Medios	191

TERCERA PARTE La lucha por nuestra libertad

8. Creatividad	229
9. Conocimiento	255

10. Poder	287
11. Supervivencia	325
12. Empatía	361
Notas	395
Índice	485
Agradecimientos	507

PRIMERA PARTE

La lotería del nacimiento

CAPÍTULO 1

Suerte

No elegimos existir. No elegimos el entorno en el que vamos a crecer. No elegimos nacer hindúes, cristianos o musulmanes, en una zona de guerra o en un pacífico barrio de clase media, en la penuria o en la opulencia. No elegimos a nuestros padres, ni si serán felices o miserables, cultos o ignorantes, sanos o enfermizos, atentos o descuidados. El saber que poseemos, las creencias que nos sostienen, las inclinaciones que cultivamos, las tradiciones que adoptamos, las oportunidades de las que disfrutamos, el trabajo que hacemos —toda nuestra vida— dependen por completo de nuestra herencia biológica y del ambiente al que estamos expuestos. Es la lotería del nacimiento.

Llegamos al mundo preparados para adoptar la forma de vida que nos encontramos. La sociedad que nos acoge recibe nuestro potencial y le da forma. La Grecia antigua, la China confuciana, la Italia del Renacimiento, la Inglaterra victoriana, la Rusia comunista: a lo largo de los milenios de historia de la humanidad se han sucedido una multiplicidad de culturas espectacular, y cada una posee el poder de moldearnos de formas radicalmente diversas. Las primeras interacciones, el trato que recibimos y el comportamiento que observamos inician el proceso de construcción de una identidad. Poco a poco, imperceptiblemente, somos iniciados en una comunidad.

La transmisión cultural es un proceso poderoso que ha producido resultados tanto bellos como atroces. Una mirada a la historia revela que no existe ninguna creencia tan extraña ni ninguna acción tan abominable que los humanos no puedan abrazar, dadas las necesarias influencias culturales. Así como condenamos las injusticias y los prejuicios de las sociedades pasadas, no hay ninguna razón para asumir que, bajo esas circuns-

tancias, no asumiríamos los mismos valores y defenderíamos idénticas tradiciones. Habríamos desarrollado lealtad a cualquier grupo, nación, ideología o religión, habríamos aprendido cualquier lengua, practicado cualquier rito social, habríamos participado en cualquier acto de barbarie o altruismo.

Pensar en la lotería del nacimiento nos ayuda a reflexionar sobre algo muy simple: no nos creamos a nosotros mismos. La propia idea implica una contradicción lógica. Para crear algo tienes que existir, y por lo tanto para crearte a ti mismo tendrías que haber existido antes de ser creado. Tanto si nos referimos a personas de carne y hueso como a almas inmateriales, no cabe ninguna duda al respecto.¹ Las implicaciones de esta afirmación son trascendentales: si no nos creamos a nosotros mismos, ¿cómo podemos ser responsables de nuestra forma de ser? Y si no somos responsables de nuestra forma de ser, ¿cómo podemos ser responsables de lo que hacemos? La respuesta es: no podemos serlo.

El tipo de libertad que nos haría verdaderamente responsables de nuestros actos —y que nos haría merecedores de reproche o de reconocimiento— es una ilusión peligrosa, una ilusión que distorsiona nuestro pensamiento respecto a los asuntos económicos, políticos y morales más acuciantes de nuestro tiempo. Sin embargo, se trata de una ilusión fundamental para nuestras vidas. Como veremos, examinar esta ilusión pone al descubierto la falsedad de gran número de supuestos que conforman el corazón de nuestra cultura —ideas sobre el castigo, la recompensa, la culpa y el mérito— y exige una revolución en la forma en que organizamos la sociedad y pensamos en nosotros mismos y en los demás.

Puede parecer difícil reconciliar el hecho de que no somos verdaderamente responsables de nuestras vidas con las innumerables decisiones que adoptamos cada día: qué comer, qué vestir, si mentimos o decimos la verdad, si nos defendemos o sufrimos en silencio. Después de todo, elijo teclear estas palabras y tú eliges leerlas. Sin embargo, el acto de tomar una decisión apenas implica responsabilidad. La razón es sencilla: *tomamos decisiones con un cerebro que no hemos elegido*.

Nadie crea su propio cerebro. Nadie comprende realmente el funcionamiento de su cerebro, y menos aún el cerebro de los demás. Así como los ordenadores no se programan a sí mismos, nosotros no «activamos» la materia gris en el interior de nuestro cráneo. Esta proeza tiene lugar mediante infinitas interacciones entre nuestros genes y el entorno, y no controlamos ni los primeros ni el segundo. La consecuencia de ello es que yo no he elegido ser yo y tú no has elegido ser tú y, sin embargo, quienes

somos determina las decisiones que adoptaremos en una situación específica.

Es algo que comprendemos intuitivamente. Nos resulta fácil predecir el comportamiento de aquellos a quienes conocemos bien. Si un niño, nuestra pareja o un hermano exhiben un cambio drástico en su conducta buscaremos alguna causa externa —¿drogas, acoso, un exceso de trabajo?—. Tomemos el ejemplo verídico de un hombre casado de mediana edad —llamémosle John— que desarrolla una irresistible adicción a la pornografía infantil.² Después de muchos incidentes relacionados con una conducta sexual inapropiada, y tras pasar un tiempo en un programa de rehabilitación, John se enfrentó a una temporada en la cárcel. Debido a unos fuertes dolores de cabeza de intensidad creciente, el sujeto fue hospitalizado la noche anterior a su sentencia. Un escáner cerebral reveló un tumor masivo en el córtex orbitofrontal. Los cirujanos operaron y extirparon el tumor, y el apetito y la conducta sexual de John volvió a la normalidad. Sin embargo, seis meses después retornaron las tendencias pedófilas. Su esposa volvió a llevarlo al cirujano, que descubrió que se había reproducido una porción del tumor. Tras una segunda operación, el comportamiento de John volvió a la normalidad.

Con el descubrimiento del tumor cerebral, John parece más una víctima que un depravado moral, alguien que merece compasión y no castigo. Nos decimos que el tumor es el culpable de su conducta perturbada y, evidentemente, nadie elige tener un tumor. Pero ¿y si no hubiera existido el tumor? ¿Nos sentiríamos más inclinados a culpar a John si, por ejemplo, su adicción fuera producto de un abuso sexual en su infancia y no del crecimiento anormal del tejido cerebral? Y de ser así, ¿por qué? Controlamos tan poco nuestra educación como el crecimiento celular en el cerebro, y las experiencias de formación ejercen un profundo impacto en nuestra forma de ser.

En los años cincuenta, el psiquiatra británico John Bowlby demostró que la relación de un niño con su cuidador principal tiene un impacto decisivo en su desarrollo mental y emocional. En la actualidad, entre los psicólogos especializados en la infancia hay un amplio consenso respecto a que si un niño no logra formarse un vínculo seguro con un cuidador tendrá más posibilidades de desarrollar un amplio espectro de trastornos de la conducta relacionados con la pérdida de autoestima, la falta de confianza en los demás y la ausencia de empatía.

El estudio Experiencias Adversas en la Infancia (ACE, por sus siglas en inglés), uno de los más importantes y amplios en su categoría, observó

los efectos a largo plazo de los traumas infantiles en la salud y el comportamiento.³ Sus hallazgos confirman lo que muchos esperaban: «Las experiencias infantiles traumáticas o estresantes como el abuso sexual, el abandono, ser testigos de violencia doméstica, o crecer con el alcohol o la adicción a otras sustancias, enfermedad mental, desavenencias de los padres o crímenes en el hogar [...] son el camino directo a la disfunción social, emocional y cognitiva que multiplica el riesgo [...] de violencia o revictimización, enfermedad, discapacidad o mortalidad prematura».⁴ El predominio y los riesgos asociados a estos problemas son mayores en las personas que han experimentado un abuso mayor. Por ejemplo, cada acontecimiento traumático en la vida de un niño multiplica entre dos y cuatro veces las posibilidades de desarrollar una adicción.

La mayor parte del crecimiento cerebral tiene lugar después del nacimiento, lo cual es un rasgo distintivo de los seres humanos. El doctor Gabor Maté, médico especializado en el tratamiento de las adicciones, asegura que las interacciones físicas y emocionales determinan en gran medida nuestro crecimiento neurológico y que las adicciones tienden a ser producto de experiencias vitales, especialmente durante la primera infancia:

Las endorfinas se liberan en el cerebro del niño cuando se producen interacciones cálidas, sosegadas y no estresantes con las figuras parentales. A su vez, las endorfinas estimulan el crecimiento de los receptores y las células nerviosas, y también la descarga de otras sustancias químicas cerebrales relevantes. Cuantas menos sean las experiencias que fomentan la producción de endorfinas en la etapa de bebé y durante la primera infancia, mayor será la necesidad de fuentes externas. De ahí surge una mayor vulnerabilidad a las adicciones.⁵

A cada momento, el estado de nuestro cerebro es el reflejo de incontables fuerzas —genéticas y ambientales— de las que apenas somos conscientes. Los avances en la ciencia y la tecnología aumentan gradualmente nuestra comprensión del cerebro. Hoy podemos detectar e identificar los tumores cerebrales, lo cual no era posible hace doscientos años. En aquella época, John habría sido considerado plenamente responsable de sus actos. No se habría tenido en cuenta el efecto del crecimiento anormal del tejido en su cerebro porque nadie habría estado al corriente de ello. La suposición por defecto habría consistido en afirmar que un adulto es moralmente responsable de sus actos.

A medida que los instrumentos científicos han mejorado el alcance de nuestra percepción, nuestro conocimiento del cerebro se ha ampliado. La observación y la experiencia nos han enseñado que un tumor puede ejercer un efecto dramático en el comportamiento de un individuo, alterando radicalmente su personalidad. Hemos aprendido a atribuir la responsabilidad del comportamiento anormal al tumor y no a la persona que lo padece. El problema de esta línea de pensamiento radica en el hecho de que nuestra evaluación de la culpabilidad está limitada por nuestro nivel actual de comprensión científica. Dentro de cien años, con mejores instrumentos científicos y una mejor comprensión del cerebro, podremos detectar cambios sutiles en la neuroquímica cerebral que originan todo tipo de comportamientos que hoy atribuimos al «libre albedrío» del individuo. El neurocientífico David Eagleman escribe:

La causa subyacente [de una forma de comportamiento] podría ser una mutación genética, cierto daño cerebral causado por un pequeño derrame o tumor indetectable, un desequilibrio en los niveles de los neurotransmisores, una perturbación hormonal o alguna de estas combinaciones. Cualquiera de estos problemas, o todos ellos, pueden ser indetectables con la tecnología actual, pero pueden originar diferencias en la función cerebral susceptibles de producir una conducta anormal [...]. En otras palabras, si hay un problema cerebral mensurable, este hecho nos pide ser indulgentes con el acusado, pero *culpamos* a alguien si carecemos de la tecnología para detectar el problema biológico que explica una conducta.⁶

Cuanto mejor comprendamos el cerebro, más preparados estaremos para explicar nuestro comportamiento en referencia a sus rasgos específicos, que serán atribuibles a la herencia genética o a la experiencia vital. Seremos capaces de demostrar que la violencia y agresión de un padre abusador tiene su origen en un desequilibrio hormonal específico, que por su parte podría tener sus raíces en un trauma de la infancia. Los avances científicos nos permitirán considerar las decisiones de una persona en un contexto más amplio, que incluya las fuerzas que crearon el cerebro que toma las decisiones que observamos. La noción de «responsabilidad individual» apenas es el frágil velo que cubre los huecos actuales del conocimiento.

Nuestra comprensión del cerebro sigue siendo extremadamente limitada. En un milímetro cúbico de tejido cerebral hay cien millones de conexiones sinápticas entre neuronas. Los actuales métodos de generación

de imágenes dependen de las señales del flujo sanguíneo que cubren decenas de milímetros cúbicos de tejido cerebral.⁷ El resultado —tal como Eagleman señala— es que la «neuroimagen moderna es como preguntar a un astronauta en un transbordador espacial que mire por la ventana y cuente lo que está pasando en Estados Unidos».⁸ Aunque tal vez jamás la alcancemos, una comprensión total del cerebro erradicaría por completo la idea de responsabilidad individual, pero no hemos de esperar a los avances en la ciencia para comprender que si alguien se comporta de un modo diferente a nosotros en una situación determinada es porque *es* diferente a nosotros. Tal vez nos falte la tecnología para identificar el aspecto relevante a partir del cual sus circuitos neuronales difieren de los nuestros, pero la evidencia de la diferencia está en la conducta. Si todos compartiéramos exactamente el mismo estado cerebral y nos encontráramos en la misma situación, siendo todos iguales, nos comportaríamos de forma idéntica. Este principio se aplica tanto si lo usamos para explicar las excepcionales dotes intelectuales de Einstein (que por otra parte lo llevaron a rechazar el mito de la responsabilidad) o las extraordinarias deficiencias morales de Stalin.⁹

Simon Baron-Cohen, profesor de psicopatología del desarrollo y destacado investigador en desarrollo empático, sugiere que cuando nos encontramos antes diversos grados de empatía, «quizá no deberíamos considerar ese comportamiento como producto de una decisión o responsabilidad individual, sino como producto de la neurología de la persona».¹⁰

No responsabilizamos a un esquizofrénico por tener una alucinación, así como no responsabilizamos a un diabético por que tenga más sed. En el caso de la persona con diabetes, «culpamos» a los bajos niveles de insulina del individuo, o a las células que en su organismo no responden normalmente a la insulina. Es decir, reconocemos las causas biomédicas del comportamiento. Del mismo modo, si la conducta de alguien es el resultado de su baja empatía, que surge de la escasa actividad del circuito empático cerebral, y que en última instancia es el resultado de su estructura genética y/o su experiencia vital, ¿en qué sentido esa «persona» es responsable?¹¹

Quizá el mayor obstáculo para concebir las cosas de esta manera es la intuición de que, aunque en cuanto que niños no somos responsables de nuestra identidad y nuestros actos, podemos elegir cambiar a medida que maduramos y, por consiguiente, llegar a ser plenamente responsables, con

lo cual se rompen los malos hábitos y se superan los patrones impuestos en la infancia. Parece una reivindicación razonable. La gente puede cambiar y a menudo esos cambios pueden producirse de forma consciente —de eso no cabe ninguna duda—, pero no pueden hacernos realmente responsables de quienes somos. Para descubrir por qué, piensa en un recién nacido dotado de una herencia genética que no ha pedido y expuesto a un mundo en cuya creación no ha participado. ¿Hasta qué punto es un ser plenamente responsable, al que se puede culpar y elogiar?

El problema es que cuando hemos desarrollado la inteligencia necesaria para contemplar nuestra propia identidad ya estamos en posesión de una. Lo que pensemos de nosotros mismos y del mundo circundante estará marcado por el condicionamiento que hemos recibido hasta ese momento. Y ese condicionamiento impregna todas nuestras decisiones, incluso la decisión de rebelarnos contra el propio condicionamiento. Aún es posible que nuevas influencias, halladas al azar, ejerzan un profundo impacto en lo que pensamos y hacemos, pero no somos responsables de los encuentros fortuitos, y las influencias que buscamos conscientemente las perseguimos por ser quienes ya somos. Como señala el filósofo Galen Strawson: «Tanto el modo específico en que uno es estimulado a intentar cambiarse a sí mismo como el grado del éxito en ese intento de cambio estarán determinados por lo que ya somos como resultado de la herencia y la experiencia».¹²

La mayor parte de lo que ocurre en el cerebro es totalmente inaccesible a la mente consciente. Por tanto, tiene más sentido decir que la conciencia es un producto del funcionamiento del cerebro que afirmar que el funcionamiento del cerebro es un producto de la conciencia. Eagleman escribe:

Lo primero que aprendemos al estudiar nuestro propio sistema de circuitos [cerebrales] es una lección muy simple: buena parte de lo que hacemos, pensamos y sentimos no está bajo nuestro control consciente. La vasta jungla de neuronas opera su propio programa. El yo consciente —el yo que parpadea cuando te despiertas por la mañana— es el destello más pequeño que acontece en tu cerebro [...]. Tu conciencia es como un diminuto polizón en un transatlántico: se atribuye el mérito del viaje sin reconocer la enorme maquinaria que hay bajo sus pies.¹³

Cuando tenemos en cuenta la influencia de la genética; las toxinas medioambientales; el tratamiento que recibimos de los padres, profesores,

amigos y enemigos; los modelos de conducta a los que tenemos acceso, y las opciones vitales disponibles —entre otros muchos factores destacables—, resulta evidente que nuestra maquinaria ha sido construida por algún proceso que escapa a nuestro control. Colectivamente, estas influencias determinan la composición química del cerebro: el equilibrio de hormonas, el funcionamiento de los neurotransmisores, la arquitectura del sistema de circuitos neural, y todo ello es fundamental para los procesos de toma de decisiones que desembocan en las opciones que asumimos. La confusión respecto a la responsabilidad aflora porque el acto de tomar una decisión nos ciega a la relación causal que vincula una elección con el cerebro y un cerebro con el conjunto de fuerzas que lo han configurado.

El filósofo Ludwig Wittgenstein dijo una vez: «La filosofía es una batalla contra el hechizo de nuestra inteligencia por medio de nuestro lenguaje». ¹⁴ Bajo esta luz, ¿qué queremos decir al hablar de «responsabilidad»? Es justo afirmar que, salvo raras excepciones, los adultos son más responsables que los niños. Aquí la palabra *responsable* es sinónimo de «fiable», «capaz» o «digno de confianza», como en: «Deja que se ocupe de eso, es una adulta responsable». ¹⁵ Este significado ha de distinguirse del tipo de responsabilidad que nos haría merecedores de culpa, castigo, mérito o recompensa; lo que podríamos llamar responsabilidad «verdadera» o «última».

Para pensar claramente en la responsabilidad es importante tener presente esta distinción. En términos generales, los adultos son más fiables, racionales y capaces que los niños, pero eso no los hace más responsables de su forma de ser o de los actos derivados de su forma de ser. Una mayor capacidad redundante en la eficacia a la hora de perseguir nuestros objetivos, pero no nos hace más responsables de los objetivos que hemos elegido buscar. La educación, el desarrollo cognitivo y la libertad política aumentan nuestro poder a la hora de actuar en nuestro entorno, pero eso no intensifica nuestra responsabilidad respecto a lo que hacemos con ese poder. Lo que hacemos en una situación concreta viene determinado por nuestra forma de ser, y no somos responsables de eso.

Otra fuente de confusión es la diferencia entre los actos presuntamente «voluntarios» y «no voluntarios». La verdadera distinción se da entre los actos que reflejan intenciones y aquellos que no. Si descubres que yo he envenenado intencionadamente a alguien, llegarás a unas conclusiones sobre mí muy diferentes que si descubres que lo he envenenado por accidente. En el primer caso concluirás que soy malicioso y poco digno de confianza, y en el segundo me aconsejarás ser más cuidadoso. Las inten-

ciones revelan el carácter; los accidentes muestran la incompetencia. Sin embargo, desde el momento en que no nos creamos a nosotros mismos, no somos responsables ni del carácter ni de la competencia. Esta distinción entre actos voluntarios y no voluntarios no tiene consecuencias en cuestiones relativas a la responsabilidad última (aunque sigue siendo extremadamente importante en otros aspectos, como el de evaluar los riesgos que supone un individuo). Para ser moralmente responsable no basta con establecer la intención de alguien, hay que demostrar que en última instancia es responsable de esa intención, y eso, como hemos visto, es imposible. Un psicópata puede adoptar decisiones moralmente atroces, pero entre ellas no está la de elegir el cerebro de un psicópata. Las decisiones malévolas pueden ser voluntarias; poseer el cerebro que las adopta, no.

El debate naturaleza/educación tampoco tiene consecuencias en la cuestión de la responsabilidad última. Lo importante es que somos creados y moldeados por fuerzas de las que no somos responsables: no somos la combinación o el origen de esas fuerzas. Sabemos que nuestra especie ha sido configurada, moldeada y modificada, y nuestros genes divididos, combinados y recombinados, para afrontar los desafíos de supervivencia de nuestros ancestros. Lo que podemos llegar a ser está determinado por ese proceso evolutivo. Lo que realmente somos viene determinado por la interacción con el entorno que hemos encontrado después.

Nuestra herencia genética, que limita nuestro potencial mental y físico, es la razón por la que desarrollamos brazos en vez de alas y narices en lugar de picos. También es la razón por la que apenas conservamos unos pocos elementos en nuestra memoria a corto plazo y, sin embargo, no nos cuesta reconocer el rostro de un viejo amigo. El proyecto básico de las diversas fases de la evolución humana está codificado en nuestro ADN y, como la selección natural tiende a estandarizar el diseño de cada especie, nuestras semejanzas genéticas superan ampliamente a las diferencias. Como resultado, todo niño humano puede aprender cualquier lenguaje y adoptar cualquier cultura.

En 1938 se encontraron evidencias en este sentido cuando se descubrió una sociedad de la Edad de Piedra en Nueva Guinea. Alrededor de un millón de personas vivieron aisladas del resto del mundo durante cuarenta mil años. A pesar de ello, las diferencias genéticas entre un bebé de Nueva Guinea y cualquier otro ser humano resultó ser trivial: cualquier niño nacido en ese lugar y criado en otra cultura humana aprenderá su lenguaje, adaptará su dieta y adoptará sus tradiciones con la misma facilidad que cualquier otro niño.

Por interesantes que sean estos descubrimientos, la cuestión de la responsabilidad última no se ve afectada por el alcance y los límites de nuestro potencial biológico. Tanto si creemos que las personas nacen como «pizarras en blanco» y que son moldeadas por su entorno, como si pensamos que están sujetas al determinismo genético (que subraya la influencia de los genes), o alguna combinación de ambos (la actitud más plausible), el resultado es el mismo: somos el producto de fuerzas que están más allá de nuestro control. No nos creamos a nosotros mismos.

Otro asunto que no tiene consecuencias para la cuestión de la responsabilidad —aunque a menudo lo encontramos en el centro de los debates sobre el libre albedrío— es el determinismo, la idea de que solo hay un futuro posible. Tanto si nuestro universo es determinista como si no, los conceptos de autocreación y responsabilidad última siguen siendo incoherentes.¹⁶ Una elección es, o bien producto de una ininterrumpida cadena de causas y efectos, o bien producto del azar. Ninguna opción deja espacio a la responsabilidad última. Si todo efecto tiene una causa, entonces una explicación completa de cualquier acción nos remitirá al nacimiento del universo. Aun cuando se rompa la cadena que vincula una elección con su causa y esa causa con una causa precedente, seguimos sin ser más responsables por ello. Un acontecimiento arbitrario, sin causa, es aleatorio, y un acontecimiento aleatorio en nuestro proceso de toma de decisiones no es compatible con cualquier noción significativa de responsabilidad. Si un acontecimiento aleatorio a nivel cerebral provoca el movimiento de tu brazo, es evidente que el movimiento no ha sido intencional.

No somos y jamás seremos libres respecto a las fuerzas que nos dan forma. El tipo de responsabilidad que nos haría acreedores de castigo o recompensa, culpa o mérito, es una ilusión, un mito sagrado que pasa de una generación a otra sin una base racional. La imposibilidad de la responsabilidad última se da por sentada cuando nos referimos a cualquier aspecto del mundo natural —tiburones, árboles, simios o amebas—, pero por alguna razón los seres humanos creemos que nos pertenece. Ciertos aspectos de nuestra cultura ponen de manifiesto que somos conscientes de los límites de nuestra libertad —pensemos en la frase «Así será, si Dios quiere»— y, sin embargo, en su conjunto vivimos nuestras vidas, formamos nuestras opiniones, educamos a nuestros jóvenes y organizamos la sociedad de acuerdo con el mito de la responsabilidad.

Ningún descubrimiento científico apoya este mito. Es difícil imaginar cómo podría hacerlo, puesto que lo que comprendemos del comportamiento humano y el cerebro lo contradice directamente. Y un número

creciente de psicólogos, neurocientíficos y físicos eminentes apuntan en este mismo sentido.¹⁷ Aun así, con o sin evidencia científica, basta la lógica elemental para desenmascarar el mito de la responsabilidad última, porque la idea en sí misma es incoherente, confusa y contradictoria. El filósofo decimonónico Friedrich Nietzsche la llamó «una perversión de la lógica». Creer que realmente podemos ser responsables de nuestras acciones es —escribió— «absolver a Dios, al mundo, a los ancestros, a la fortuna y a la sociedad»; equivale a creer que podemos llegar a «levantarnos [a nosotros mismos] por los cabellos [...] desde el pantano de la nada hasta la existencia de las cosas».¹⁸

EL JUEGO DE LA CULPA

La idea de responsabilidad última está profundamente arraigada en nuestras tradiciones religiosas, ideologías políticas y sistemas legales; está asumida implícitamente, pero rara vez se manifiesta. Su existencia está incluida en conceptos como cielo, infierno, pecado y condena eterna, en el corazón de los credos abrahámicos. Un sistema cósmico de condena y salvación solo tiene sentido si la gente merece los destinos que les imponen. El concepto de karma —fundamental en el hinduismo, budismo y jainismo— tiene implicaciones similares. Durante milenios, las religiones formales han desempeñado un papel importante a la hora de perpetuar el mito de la responsabilidad, justificando todo tipo de castigos crueles y despiadados en esta vida y la siguiente, lo cual a menudo entra en descarnado conflicto con otros valores centrales de sus enseñanzas.

Las formulaciones rudimentarias del mito también ocupan una posición prominente en la cultura popular. Recientemente, ha recibido un enorme impulso gracias al movimiento de la «autoayuda», cuya mezcla de valores materialistas y seudoespiritualidad ha fomentado una industria multimillonaria. Uno de sus principales exponentes, Deepak Chopra, encarna perfectamente la síntesis de todo ello. Alardeando de clientes entre los que se cuenta desde Madonna a Hillary Clinton, el mensaje de Chopra apela a los acomodados y ambiciosos: «Las personas que han logrado un gran éxito son inherentemente espirituales [...]. La opulencia es, simplemente, nuestro estado natural».¹⁹

Quizá la versión más exitosa de esta misma idea se manifestó en el libro y la película de Rhonda Byrne, *El secreto* (2006). Allí se presenta lo que Byrne sostiene que es una ley natural universal, la ley de la atracción,

que afirma que «lo semejante atrae a lo semejante» y que podemos cambiar nuestra situación cambiando nuestros pensamientos. Resultados deseables como una buena salud, riqueza y felicidad advienen a quienes generan pensamientos y sentimientos «positivos». Incluso los desastres naturales que cuestan miles de vidas pueden explicarse —según afirma el libro— por los patrones de pensamiento negativo de las comunidades devastadas. Byrne cita al doctor Joe Vitale: «Si las personas creen que pueden estar en el lugar equivocado en el momento equivocado [...] esos pensamientos de temor, separación e impotencia, si persisten, pueden llevarlos a estar en el lugar equivocado en el momento equivocado».²⁰

Esta visión de la libertad humana se sitúa en un extremo del espectro ideológico, pero estas actitudes son influyentes e impregnan nuestra cultura. Observemos, por ejemplo, el creciente problema de la obesidad. En un estudio de 2005, Abigail Saguy y Rene Almeling repasaron 221 periódicos, libros y fuentes médicas y descubrieron que, aunque dos terceras partes citaban las causas individuales de la obesidad, menos de una tercera parte mencionaba factores estructurales como la geografía, una jornada laboral más larga, la industria de la comida rápida o unos ingresos reducidos. De forma reveladora, la tendencia de las fuentes a centrarse en la responsabilidad individual aumentaba cuando se estudiaban grupos sociales específicos: el 73 % de los artículos que mencionaban a los pobres o personas de color atribuían la obesidad a malas preferencias alimentarias, y en los artículos donde no aparecían estos grupos el dato caía hasta el 29 %.²¹

En su libro sobre la industria alimentaria *Obesos y famélicos* (2007), Raj Patel demuestra que este enfoque ignora realidades muy importantes. Los vecindarios pobres, con una mayor concentración de restaurantes de comida rápida, tienen una media de cuatro veces menos supermercados que los barrios prósperos. En otras palabras, las personas de color y los pobres viven en entornos mucho más proclives a la obesidad. En cambio, las zonas más ricas y con mayor porcentaje de población blanca tienen mejor acceso a alimentos más sanos, frescos, nutritivos y bajos en sal y grasa. Patel escribe:

Nuestro entorno, nuestras costumbres y nuestra rutina han tomado muchas decisiones por nosotros. *Elección* es la palabra que nos queda para describir el hecho de elegir una caja u otra en la estantería, es la palabra que nos han enseñado a usar. Si nos preguntan por qué la utilizamos, responderemos que «nadie nos ha apuntado con una pistola en la cabeza, nadie nos ha coac-

cionado». Pero lo opuesto a la elección no es la coerción. Es el instinto. Y nuestros instintos han sido tan meticulosamente sometidos por fuerzas más allá de nuestro control que son sospechosos.²²

Nuestras preferencias alimentarias han sido restringidas y moldeadas antes de que llegemos a pensar siquiera en ellas. Los hábitos de consumo, como cualquier hábito, han sido configurados por fuerzas «más allá de nuestro control». En el caso de la alimentación, se adquieren a una edad temprana y duran toda la vida: los diez mil millones de dólares que se gastan anualmente para publicitar la alimentación infantil en Estados Unidos son, claramente, una inversión a largo plazo.²³ Las ideas, valores e imágenes que encontramos en nuestro entorno configuran nuestros hábitos alimentarios. Un ejemplo sorprendente lo encontramos en Fiji, donde en 1990 no se había oído hablar de trastornos relacionados con la alimentación. En 1995 se introdujo la televisión, con canales fundamentalmente estadounidenses y la consiguiente dosis de publicidad. En tres años, el 12 % de las adolescentes de Fiji desarrolló bulimia.²⁴

En la actualidad, quienes quieren controlar su peso encuentran una estrategia diferente en *El secreto*: «Si ves a personas con sobrepeso, no las observes, concentra tu mente en tu propia imagen con un cuerpo perfecto y siéntelo [...]. Atraer el peso perfecto es lo mismo que hacer un pedido en el catálogo del universo. Examinas el catálogo, eliges el peso perfecto, haces el pedido y te lo entregan».²⁵ Los argumentos de Byrne rozan lo cómico, pero su mensaje es sintomático de una tendencia muy poderosa. *El secreto* alcanzó los primeros puestos de la lista de ventas del *The New York Times*, y se mantuvo allí durante 190 semanas. El libro se ha traducido a cincuenta lenguas y se han impreso más de veinte millones de ejemplares.²⁶

Una moderna manifestación secular del mito de la responsabilidad palpita en la promesa del «sueño americano»: cualquiera puede llegar a ser rico y los que lo consiguen lo merecen, mientras que aquellos que no lo han logrado solo pueden culparse a sí mismos. Las raíces de este «sueño» las encontramos en el liberalismo clásico, el precursor intelectual de la ideología política dominante en la actualidad: el neoliberalismo. La tendencia a atribuir la responsabilidad a los individuos en lo que respecta a su destino en la vida fue alentada a finales del siglo XIX por la emergente doctrina del darwinismo social, inspirada en la teoría de la evolución de Darwin.

Según esta visión (que no sostuvo Darwin), los individuos, grupos y razas están sometidos a la ley de la selección natural, de modo que las

desigualdades de riqueza y poder entre grupos pueden explicarse como producto de diferencias biológicas: el imperialismo y el colonialismo pueden considerarse una forma de progreso evolutivo. En otras palabras, es natural que los débiles perezcan mientras que los fuertes refuerzan su poder. Su portavoz americano más estridente, William Sumner, llegó a decir que «un borracho caído en el arroyo está precisamente donde debe estar» y que «los millonarios son producto de la selección natural [...]». Tienen una renta superior y viven lujosamente, pero el trato es bueno para la sociedad». ²⁷ En un momento en que los gobiernos recortan simultáneamente los impuestos para los ricos y las prestaciones sociales para los pobres, es evidente que, aunque el lenguaje haya cambiado, las ideas del darwinismo social están vivas y gozan de buena salud.

El politólogo Charles Murray escribe: «Quiero reintroducir la noción de culpa, y reducir abruptamente nuestra predisposición a definir a las personas como “víctimas”». ²⁸ Su preocupación se centra más en los «jóvenes que estudian mucho, obedecen las leyes, trabajan de firme y procuran no tener un bebé» que en los «jóvenes que fracasan en los estudios, tienen problemas con la ley, no mantienen un trabajo o tienen un hijo sin ser capaces de cuidar de él». ²⁹ También escribe: «El estándar que me aplico, y que recomiendo a otros expertos en política social, es el siguiente: no aplicar un estándar moral diferente a los extraños —incluidos los extraños pobres— que el que aplicamos a aquellos que conocemos y amamos». ³⁰

Esto es peligrosamente simplista. Al establecer evaluaciones morales del comportamiento, este punto de vista concede un valor elevado a la igualdad de criterios —«deberíamos aplicar los mismos estándares morales a todos»—, pero ignora las desigualdades que originan el comportamiento sometido a evaluación: un flagrante estándar doble. En una concesión parcial, Murray declara que «aunque es cierto que un joven pobre no es responsable de la condición en que se encuentra, lo peor que se puede hacer es intentar convencerlo de eso». ³¹ Es una afirmación extraordinaria. El conocimiento, y no la ignorancia, es lo que nos empodera. ¿Qué libertad se habría conquistado si los esclavos, siervos y obreros explotados se hubieran culpado a sí mismos de las degradadas condiciones de su existencia? ¿Qué derechos, rentas y ayudas del gobierno habrían logrado los pobres si su explicación de la desigualdad se hubiera reducido al fracaso personal? Comprender la fuente de nuestros problemas —individual y colectivamente— es un paso crucial en el camino para resolverlos.

Los filósofos y los teólogos han invertido un enorme esfuerzo intelect-

tual para «hacer un mundo seguro para la culpa».³² Muchos pensadores han abordado esa tarea; ninguno ha tenido éxito. Se ha hablado mucho de la utilidad social de la culpa, nuestro instinto para hacer responsables a los demás, y las diferentes formas que puede asumir la culpa, pero no han aflorado evidencias o argumentos que nos ofrezcan una razón para suponer que las personas son realmente responsables de sus actos. Ante una mala conducta, podemos retirar justificadamente la confianza, expresar desaprobación, sentirnos molestos, romper un vínculo y, si salvaguarda el bienestar de la sociedad, apoyar medidas como sanciones y encarcelamiento, pero nada de eso requiere distribuir culpas. La creencia de que la gente merece ser culpada no encuentra ningún apoyo en la ciencia o en la lógica e ignora las verdades más básicas sobre el ser humano. Es un anacronismo sostenido por el instinto, la tradición y el temor.

El mito de la responsabilidad también tiene una gran utilidad política. Como escribe la experta en jurisprudencia Barbara H. Fried, «el entusiasmo por la culpa no se limita al castigo. Los cambios en la política pública en un sentido amplio —el lento desmantelamiento de la red de protección social, el impulso para privatizar la seguridad social, la desregulación de la banca, las guerras de los seguros sanitarios, la negativa a ayudar a los propietarios tras el colapso del mercado inmobiliario— han sido alimentados por nuestra sensación colectiva de que si las cosas te van mal solo puedes culparte a ti mismo».³³ Cuanta mayor sea la responsabilidad que se atribuye a los individuos, tanto más fácil será justificar las innumerables desigualdades de nuestro mundo. Si se culpa a los adictos, los pecadores, los refugiados, los prisioneros, los vagabundos, los obesos, los desempleados y los pobres por su condición, hay poca obligación de ayudarlos.

Si creemos que toda persona tiene la responsabilidad última de su destino en la vida, es mucho más fácil justificar las diferencias de poder, riqueza y oportunidades. Si los ricos merecen sus privilegios y los pobres su indignancia, quizá las cosas son como han de ser. Como declaró Herman Cain, excandidato republicano a la presidencia: «No culpes a Wall Street. No culpes a los grandes bancos. Si no tienes trabajo y no eres rico, culparte a ti mismo».³⁴ Sin embargo, ninguna conducta acontece aisladamente. Toda elección es el resultado de la herencia, la experiencia y la oportunidad. El multimillonario Warren Buffett admite de forma más clara que otros el papel decisivo de la suerte: «La mayoría de los siete mil millones de personas del mundo tienen el destino en gran medida determinado desde el momento de su nacimiento [...]. Para literalmente miles de millones

de personas, el lugar donde nacen y la identidad de sus progenitores, así como su género y su inteligencia natural, condicionan en gran medida la vida que les tocará vivir».³⁵

Cuando situamos la conducta humana en el contexto más amplio de la causa y el efecto, un marco que tiene en cuenta el poder de los genes y el entorno, el papel decisivo de la suerte en nuestra vida adquiere una dimensión obvia. El mero hecho de existir implica una fortuna extraordinaria, ya que las posibilidades son increíblemente pequeñas. El 90 % de los organismos que han existido en este planeta han muerto sin descendencia.³⁶ El hecho de que estés leyendo esto significa que todos tus ancestros, desde que empezó la vida en la Tierra, escaparon a ese destino. Un bebé nacido en Japón tiene cincuenta veces más posibilidades de vivir hasta su primer cumpleaños que un bebé nacido en Angola.³⁷ Un niño afroamericano tiene el doble de posibilidades de fallecer durante su primer año de vida que un niño blanco.³⁸ Desde 1990 a 2015, el número de niños que murieron antes de su quinto cumpleaños —en la mayoría de los casos por enfermedades evitables— es de unos 236 millones.³⁹ Y si hablamos de una edad adulta liberada de abusos, violencia, abandono, guerra, hambruna, malnutrición, enfermedad física o mental, pobreza extrema, minusvalías o la pérdida de un padre o un hermano, somos más afortunados que la mayoría.

Las habilidades y capacidades que poseemos también pueden anotarse en la cuenta de la buena fortuna. Poseer el cerebro de Isaac Newton o la velocidad de Usain Bolt es cuestión de suerte. Es más, las herramientas psicológicas para maximizar nuestras oportunidades y talentos también se deben a la suerte. La confianza es clave para aprovechar las oportunidades: para involucrarnos en una tarea ambiciosa o bien para mostrar resistencia ante los fracasos o contratiempos. Sin embargo, nuestro nivel de autoestima es muy sensible al trato que recibimos durante la infancia, y no somos responsables de ello. La paciencia, la innovación, la concentración, la creatividad, la perseverancia o el autocontrol: ninguna capacidad está equitativamente distribuida entre la población. Pasea por un aula y descubrirás que algunos niños son capaces de estar felizmente sentados durante horas mientras a otros les parece insoportable, algunos rebosan autoestima y otros tienen serias dudas sobre sí mismos. Cerebros diferentes tienen capacidades diferentes y, como sabemos, nadie elige su propio cerebro. Ser el alumno estrella o el fracasado, ser disciplinado o distraído, estar motivado o apático, es, a fin de cuentas, cuestión de azar.

Décadas de investigación han revelado el impacto de las experiencias

tempranas en el desarrollo de nuestras capacidades innatas. Por ejemplo, los niños procedentes de familias con ingresos más bajos y padres con un menor nivel de educación llegan a la escuela con habilidades lingüísticas muy alejadas de las de sus compañeros más ricos. El tiempo que nuestros cuidadores pasan con nosotros, conversando, leyéndonos o jugando —y la calidad de esas interacciones— marcan la diferencia en nuestro desarrollo. Los psicólogos de Stanford han demostrado que los niños de dos años de familias pobres pueden padecer un retraso de seis meses en el desarrollo del lenguaje.⁴⁰ A los cuatro años, los niños de familias de clase media y alta han oído una media de 30 millones más de palabras que los niños de familias asistidas por los servicios sociales.⁴¹ Un estudio realizado por el Centro Escocés para la Investigación Social (SCSR, por sus siglas en inglés), que supervisó las habilidades de 14.000 jóvenes, descubrió que a los cinco años los niños con padres con un elevado nivel educativo van, como media, un año y medio adelantados respecto a sus compañeros menos privilegiados en términos de vocabulario, y unos trece meses en resolución de problemas.⁴²

El viaje de la vida depende de un amplio espectro de factores impredecibles. Las variaciones en los genes y las experiencias no tienen por qué ser muy grandes para proyectar su impacto en nuestro camino. Pequeñas variaciones pueden tener repercusiones significativas y generar acontecimientos que desembocan en resultados completamente distintos. En la teoría del caos se conoce como «efecto mariposa». Con un pequeño cambio en las condiciones de partida, el hombre que muere de sobredosis a los veinticinco habría vivido para abrazar a sus nietos. Con un mínimo giro en su vida, la mujer que gana el Premio Nobel de Literatura podría haber pasado su existencia como ama de casa y no haber descubierto su talento. Cuando nos enfrentamos a una encrucijada crucial en el camino —robar o no, mentir, vengarnos, asumir un riesgo, dejar un trabajo, repasar para un examen o mantener una relación perniciosa—, variaciones aparentemente triviales pueden marcar la diferencia, empujándonos en uno u otro sentido. En momentos decisivos, un amigo atento, un libro inspirador, un profesor amable, un poderoso modelo de conducta, la sonrisa de un extraño, incluso el buen tiempo o una noche de sueño reparador pueden bastar para evitar que cometamos un error fatal.

Algunas personas desafían las expectativas y alcanzan logros notables pese a las adversidades. Es tentador considerar esas vidas como una evidencia de que podemos ser los amos de nuestro destino, pero sería un

error. Fuerzas más allá de nuestro control determinan los recursos —psicológicos, físicos y materiales— a nuestra disposición para forjar un nuevo camino, y esos recursos, junto a innumerables giros del destino, acaban por determinar el éxito de nuestro intento. Por cada historia de éxito improbable hay muchas personas con idéntico potencial que murieron en la pobreza y la oscuridad debido a la aplastante fuerza de las circunstancias. Que un afortunado gane la lotería no significa que el juego no esté amañado para que todos los demás pierdan.

Al abandonar la difunta ideología del mérito y la culpa, podemos seguir trabajando para comprender las raíces más profundas del comportamiento: familiares, genéticas, económicas y políticas. Es un antídoto necesario contra la perezosa creencia de que la carga de responsabilidad se detiene con el místico «libre albedrío» del individuo, un pensamiento que recuerda los primitivos intentos por construir teorías sobre el mundo natural. A fin de explicar por qué algunas cosas se elevan y otras caen, Aristóteles afirmó que los «cuerpos» se mueven hacia su «lugar natural»: las manzanas caen porque caer está en su naturaleza; el vapor asciende porque su naturaleza es ascender. Este juego de palabras solo sirve para disimular nuestra ignorancia. Así como hay una explicación que justifica que las manzanas caigan y el vapor que se eleve, hay razones que explican el comportamiento de las personas y que nos llevan más allá de la voluntad del individuo.

Nuestros talentos, actitudes, inclinaciones y oportunidades son el producto de fuerzas que no controlamos. Aún persiste el debate sobre la importancia relativa de los factores biológicos y ambientales, pero el mito de la responsabilidad ha sido desacreditado y, con él, los fundamentos del mérito y la culpa.⁴³ Tal vez resulte intuitivamente irresistible, halagador para los afortunados y oportuno para los poderosos, pero la responsabilidad última es un mito, un dogma irracional que provoca enormes daños a mucha gente.

La suerte ha sido una fuerza decisiva en la vida de cualquier persona que haya vivido. Y sea buena o mala, nada de lo que hagamos nos hace merecer más o menos la suerte que tenemos. Si la responsabilidad última es un concepto incoherente, la idea de «merecimiento» —que realmente merezcamos recompensa o castigo— también pierde su sentido. Si en realidad no somos responsables de lo que hacemos, entonces nuestros actos no nos hacen merecedores de dolor o placer, sufrimiento o alegría. El castigo y la recompensa desempeñan una importante función pragmática al ofrecer incentivos para el tipo de conductas que queremos propi-

ciar en la sociedad, pero ese es otro aspecto de este tema, que exploraremos en los próximos dos capítulos.⁴⁴

Debo añadir que hay otro uso de la palabra *merecer* que no se ve afectado por estas consideraciones sobre la responsabilidad. Una frágil anciana merece un asiento en el autobús, más que una joven saludable. Una madre sola y con tres hijos merece un subsidio del Estado mucho más que una empresa multimillonaria. ¿Por qué? En cada caso es evidente quién se encuentra más necesitado. La palabra *merecer* en estos ejemplos es otra forma de decir que «su necesidad es mayor». Del mismo modo, si tú estás agotado y yo descansado, podríamos decir que tú mereces unas vacaciones, no porque hayas trabajado más —aunque esta sea una de las razones de tu agotamiento—, sino porque tu necesidad es mayor. Como veremos, un sistema de recompensas basado en las necesidades es el único que pasa la prueba de la ecuanimidad.

¿UNA IDEA PELIGROSA?

¿Es peligroso desenmascarar el mito de la responsabilidad? Según el filósofo Daniel Dennett, «considerar que nadie es realmente responsable de nada es el primer paso hacia un estado policial que medicaliza toda conducta “antisocial”, y ese camino lleva al Gulag».⁴⁵ Asimismo, nos advierte de que podría «despojarnos de nuestra dignidad» y reducir nuestra inclinación a comprometernos a una conducta moral. ¿Son legítimos estos temores?

Que una idea pueda utilizarse con fines destructivos u opresivos nos dice muy poco acerca de su verdad o valor. Siempre existe algún tipo de conflicto para establecer quién interpretará las ideas importantes y para determinar a qué intereses servirán. En el calor de estos conflictos, las ideas se estiran, se retuercen y se deforman a medida que suben las apuestas. Un ejemplo de ello es la teoría de la evolución, que revolucionó nuestra forma de pensar en nuestra especie y el mundo natural. Explorando esta revolución en *La peligrosa idea de Darwin*, Dennett escribe:

Desde el instante de la publicación de *El origen de las especies* en 1859, la idea fundamental de Darwin ha inspirado intensas reacciones, desde la condena feroz a la adhesión incondicional, a veces equivalente al celo religioso. La teoría de Darwin ha sido maltratada y tergiversada por amigos y enemigos. Se la han apropiado para prestar una respetabilidad científica a doctrinas sociales y políticas aberrantes.⁴⁶